

JUAN GARAFULIC D.

EUROPA, EL CONTINENTE
NUEVO

(Reflexiones sobre la hora actual)

A VECES desarrollamos soliloquios con audaces y peregrinas ideas. Pero es tarea riesgosa escribir tal buceo para lectores invisibles o expresarlo ante un auditorio desconocido. Ambos son grupos anónimos, especie de urgente y alerta puñal, que habitualmente estiman que duda es sinónimo de debilidad; revisión idearia, de imperdonable traición y nuevos atisbos, inoportuno piruetismo intelectual.

Es desconcertante el transcurso de nuestro siglo xx. Durante sus primeros veinticinco años pareció que se había llegado al vértice de la libertad espiritual, que sólo faltaba quitar el séptimo velo para que el hombre se irguiera todo poderoso frente a la naturaleza y a los problemas de la vida y aun de la muerte. Sin otra espada que la leal investigación, el libre análisis y, como escudo, el respeto, una inmutable tolerancia. Se estimaban aventados por el raciocinio y el progreso científico, filosófico y cultural los desprendidos velos de la superstición, las imágenes representando dioses, luciferes u hombres elevados a categorías extrahumanas. Igualmente, las creencias "porque sí", o por tradicional y mecanizada repetición, los temores a fuerzas extrañas y desconocidas, la inquisición en cualquier forma expresiva, las sentencias y castigos sin discernimiento justo y previo.

Pasteur, pulverizando muchas supersticiones, Edison y Marconi enseñándonos a embotellar la luz y escribir el aire, Freud buceando el subconsciente y el origen de muchas reacciones, temores, creencias y obsesiones; Marx, y otros, mostrando las motivaciones materiales que moverían las colectividades, las clases y los recursos; Einstein indicándonos el camino para comprimir y hacer explotar las fuerzas de la naturaleza, y decenas de filósofos de distintas razas y países sirviéndonos el agitado y desbordante champagne del pensamiento puro —el cerebro horadando muros— llevaron al hombre a un frenesí de autovalorización, a sentir que entre él y el pasado y el porvenir ya no te-

nía necesidad de intermediarios extraterrenos ni de representantes terrenos de esos intermediarios.

La psicología profunda, la filosofía racionalista, el marxismo y las "ideologías" en general, manejados con libertad, como simples herramientas del pensamiento, representaron pasos gigantes dados por el hombre en la voluntaria y responsable conducción de su destino (individual e histórico).

Pero el homo sapiens se asustó del esfuerzo que tal tarea entrañaba, se cansó preventivamente del papel de vigía constante, sintió nostalgia del camino pavimentado por otros, se dejó tentar nuevamente por automatismos mentales —que no otra cosa son las creencias— y estimó que el pensar libremente es tarea fatigosa, inútil, hasta peligrosa, y más atractivo orientar el empuje hacia el goce fisiológico, la comodidad, el bienestar. No por depuración espiritual sino a través de la adquisición constante, afiebrada, urgente, impostergable, de objetos destinados a ahorrar quehaceres y energía.

Y una inmensa e inoíble voz colectiva imploró tácitamente ser eximida de la labor pensante, volver a ser dirigida, someterse a las cómodas "creencias" y adorar al ser superior —Dios, un hombre, un hombre endiosado— que conduce, guía y piensa por los demás y resuelve sin equivocarse.

En el segundo cuarto de este siglo y en los años que le siguen, se han producido fenómenos psicosociales muy significativos, que no son los que habitualmente se destacan en los análisis de la realidad.

1º *La dogmatización de doctrinas o principios que nacieron como certeras herramientas de liberación espiritual.* Cientos de publicaciones, y la observación diaria, nos eximen de presentar extensa documentación demostrando que el marxismo, el psicoanálisis, ciertas escuelas filosóficas modernas y, aun, muchos de los esquemas de la democracia han tomado formas dogmáticas, de verdades intocables que obligan a tildar de hereje, maldito, traidor, vendido, renegado, trotskista, revisionista, extremista, subversivo, etc., al que osa meditar sobre ellos y exteriorizar disconformidad. Aunque lo haga con sordinada voz y tímida envoltura literaria. Desde hace años el mundo ideológico es una contienda en que todos se sienten con la verdad absoluta y hacen sus enemigos mortales de los que no la aceptan.

2º *El retorno a un religiosismo hiperpolitizado y agresivamente combativo con una renovación salvadora y urgente; la caridad bajo una forma "modernizada" de justicia social.* Nacen la Acción Católica, el Opus Dei, los palotinos, los chantajistas, la Democracia Cristiana. Los potros piafantes de las Cruzadas se transforman en Underwoods

y Jeeps y la suave palabra "Jesús" cede el paso al vocinglero y desafiante "Viva Cristo Rey".

3º *El triunfo internacional del slogan, de la propaganda, de la frase mecanizada repetida hasta el cansancio, que transformadas en reacciones idearias automáticas las expresamos como espontáneas y auténticamente nuestras.* Nos estamos acostumbrando a conducirnos a base de tópicos popularizados, de infinito menos valor que los antiguos dichos y proverbios que eran forma concentrada de sabiduría. A transformar el pensamiento creador en reflejo condicionado. Estamos en pleno reino del "jacassin", término francés para expresar esa cultura media de una colectividad a base de frases hechas. Pierre Daninós ha publicado recientemente un libro notable sobre el "jacassin" francés, que permite hacer vida familiar, social, artística, moral, política a innumerables personas utilizando unas decenas de frases estereotipadas.

4º *La caída en un determinio abrumador, cuando el hombre creyó haber llegado a la marea alta del libre albedrío de la conciencia y la voluntad al servicio de propósitos claros y precisos.* Efectos de esa caída; angustia, inseguridad, convicción de ser "una hoja mecida por el viento"; cultivo de la irresponsabilidad. Son siempre, el ambiente, los demás, las circunstancias, la "mala suerte", la familia, un hombre, una mujer, los amigos, el gobierno, la situación internacional, los culpables de todo lo deplorable que le suceda a cualquiera. La persona: Nunca.

5º *El abandono del humanismo y su reemplazo por una polifacética especialización que dificulta las relaciones interhumanas, el mutuo entendimiento, el intercambio de conocimientos, ideas e impresiones, el diálogo.* Se está olvidando conversar. Sólo hablamos, cambiamos frases, o nos entregamos a silencios en grupo: en el comedor, oyendo al speaker o al cantante de moda; en el obscurecido cine, en el automóvil veloz que corta el aire y la palabra, o jugando. Aun en la playa, el campo o el Estadio; "pegados" a la radio portátil. Sólo se estiman importantes los conocimientos prácticos convertibles en dinero o satisfacciones fisiológicas. Son considerados inútiles, innecesarios para "la vida", el latín, el griego, la historia, la filosofía, el número de dientes que tiene un ratón o los principios gramáticos que permiten formalizar correctamente una frase. Contribuye a este abandono del humanismo y a dificultar la adquisición de una cultura media edificante, la avalancha de libros y revistas que se publican con ritmo

de ametralladora. El exceso de volúmenes impide leer las páginas o nos hace caer en largos capítulos sin consistencia. Como pueril contrapartida florecen los resúmenes literarios "científicos" o "filosóficos", tan generalizadores que nada nos enseñan.

Es innegable que los profundos y múltiples cambios que se suceden son rotundos indicadores que más que pasar de una edad histórica a otra —como del medioevo al Renacimiento, por ejemplo— estamos en los albores del paso de una edad geológica a otra. De la del carbón, el petróleo y el acero a la del átomo y las conquistas interplanetarias. Obviamente, tan inmensas modificaciones no pueden realizarse sin profundas paradojas.

Por eso frente a los factores negativos señalados, y otros, asistimos a un portentoso desarrollo de la ciencia y la técnica; al afán de especializarse, a convulsiones destinadas a modificar los regímenes sociales, a la planificación de acciones nacionales e internacionales. A buscar desesperadamente una coexistencia pacífica, aterrados por bombas terráqueamente mortíferas.

El multitudinario deseo de "una vida mejor" acelera los procesos.

Día a día la prensa, la radio, los libros, conferenciantes y hasta los dialogadores de café, repiten que estamos en una época confusa, desconcertante, premortal, de incierta salida e insondable porvenir. Crucial. El volumen del problema nos agobia y todos, en mayor o menor grado, nos sentimos atraídos por una pesada aunque cómoda vegetabilidad que deja al tiempo o a otros hombres la faena de explorar lo que viene y la forma en que debemos recorrer el camino. Un símbolo de la hora presente sería un ser que recorre un sendero sin salida con los brazos cruzados y un rostro angustiado.

Ante el agobio, muchos hombres se enceldan o procuran pasar placenteramente su lapso de existencia. Otros, los menos, buscan la protección de entidades no canalizados por dogmatismos, alérgicos a líderes providenciales, no sometidos a tuteladas religiosas ni al dictado de slogans y frases hechas. Entidades que tienden a ser una reacción espiritual permanente contra el cómodo y esterilizante determinismo a outrance, verdaderos refugios del humanismo que es hacer del hombre un ente armónico y polifacético.

¿Por qué estamos cual esos turistas que no saben cómo acomodar el exceso de objetos que han adquirido en su peregrinación, ni que "tour" realizar por el gran número de posibilidades que les ofrecen con desorientadora elocuencia las agencias de viajes?

Creemos que una de las más importantes razones es el desarrollo de un singular y novísimo fenómeno biosocial: antaño se necesitaba el paso de una, dos, cinco o más generaciones de individuos para que

se produjera una modificación significativa en el devenir de una colectividad. Y, en general, esa colectividad era de contorno limitado al villorrio, a la ciudad, al país; a los países vecinos si las campanas repicaban muy fuerte. Todo se producía, asimilaba y digería con lentitud. Los hombres, las familias, sentían estable su horizonte vital —chico o grande, mísero o esplendoroso— y les asistía la seguridad de que sus ideas, hábitos, afectos, intereses y actividades serían los mismos durante años y años.

La historia veía sucederse a las generaciones.

En nuestro siglo, ha sucedido lo contrario. Es la historia la que ha pasado frente a los ojos atónitos de una, dos generaciones.

La velocidad, amplitud, diversidad, complejidad, novedad y a menudo, contradicción de los sucesos que se han desarrollado ante nuestros ojos en poco más de cuarenta años, sacudiendo y quebrantando ideas, ideologías, creencias, hábitos, tradiciones, puntos de vistas, situaciones e instituciones que parecían graníticamente estables (o por lo menos lenta y difícilmente modificables), han repercutido sobre las colectividades dando lugar a profundas transformaciones que hemos presenciado y presenciamos con acentuada perplejidad. También, dramática y elocuentemente en forma, a veces, de montañoso rodado, sobre los individuos.

Cada uno de nosotros cuando con auténtica honradez nos miramos nuestro pasado, parece que consignáramos la existencia de varias personas en un mismo cuerpo; y concordamos con el poeta en que "nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos". No se trata del clásico paso de la pubertad a la adolescencia, de ésta a la juventud y después a la madurez y senectud con sus consabidas y seculares formas de modificación. Se trata de mucho más. De revisiones o cambios ineludibles, a menudo desgarradores, del esquema del mundo que hemos forjado en años de penoso ascenso espiritual e innúmeras experiencias vividas u observadas. Pero que debemos revisar, modificar y aun cambiar, por imperativa imposición de los nuevos factores que va estructurando el hombre con su increíble capacidad de creación intelectual y material y que, a gran velocidad, modifican a su vez las condiciones, posibilidades y soluciones de vida del género humano.

Obviamente, no se trata de los frívolos e inestables vaivenes del dilettante o snob, ni de los interesados cambios del que siente especial debilidad por "el sol que más calienta". Al contrario. Es la tremenda obligación realizada —y sólo realizable con valerosa honradez— por miles de seres humanos al comprobar que es impostergable rectificar lo que hasta un momento dado han considerado su verdad, su posición, su camino filosófico, político, artístico o moral ante los pro-

blemas de su mundo habitual y del circundante. Recalcamos lo de trágico y valeroso porque la faena no la realiza el individuo en un ambiente de respeto, tolerancia y ánimo predispuesto a la comprensión, sino en un medio suspicaz, impaciente, malévol, en el que hay millones de habitantes enclavados, fanatizados y mentalmente esterilizados por diversos tipos de dogmas, de verdades preestablecidas, consignas y slogans que se repiten y se defienden con denuedo por repugnancia a todo incómodo cambio.

Existen diversas autobiografías o páginas dolorosas de seres honrados, inteligentes, activos, de selección, que han tenido la valentía de exponer públicamente que se han equivocado y que hay que desandar y reandar camino. Ejemplarmente significativa es la de Arturo Koestler en su trilogía *Flecha en el azul*, *Euforia* y *Utopía*, o la escritura invisible. Pero más angustiosas, por inexpresadas, son las innumerables autobiografías y confecciones, que no se han escrito; que se husmean a través de cuerpos, manos, ojos y cerebros que dejan de actuar, que salen a navegar en el velero del escepticismo, que se entregan a la morfina de la mecanizada rutina, que se desgranán en pseudoperversiones de defensa, que se autodestierran en insatisfactorias torres de marfil o se entregan a lenitivos embrutecedores. Y más de alguno, como Zweig, al suicidio de detonante y sacrificada protesta o como Papini, a una sospechosa religiosidad —como todas las de última hora— envolviendo la derrota de un espíritu libre. Otros, se suman mansamente al montón de los sometidos que sacuden con la cola, impacientes, los mosquitos de la reflexión o el arrepentimiento.



Los párrafos precedentes nos han parecido necesario preámbulo de lo que sigue. Hace poco hemos vuelto de un viaje por el extranjero.

Las cosas, paisajes, instituciones y personas con que nos enfrentamos en un viaje —o cada día— no son vistas, oídas ni captadas por nosotros con neutralidad, con equidad, desprovistas de preconcepción. Al contrario, nuestra mente, en tales circunstancias, actúa cargada de pretérito orientador y de futuro que se acomode a nuestras ideas e intereses. Cuán cierto es aquello de que, en general, “miramos” sólo aquello que deseamos ver.

A éste, nuestro reciente y no primer viaje a Europa, partimos sin el entusiasmo de pretéritas salidas, con un como desencanto preventivo, una especie de fatiga física y emocional evidentemente anti-

turística. Ibamos a cumplir unos compromisos en relación con nuestra especialidad médica y algunos trámites extraprofesionales.

Tal estado de ánimo imprimía a nuestro espíritu una potencial hosquedad y a nuestra deducción crítica un filo navajal. Con tal bagaje trotamundano nos sorprende sentirnos, al retorno, con un neoptimismo de línea larga y más admiración que nunca por ese *Continente nuevo que se llama Europa*. Hasta tal punto que es el nuestro —el latinoamericano— el que parece viejo, pacato, lento, marrullero, cansado e implorante, esclersándose prematuramente en rencillas de aguas, sables, sutiles discursos, barbas y piernas que prefieren “chutear” a caminar con aplomo. Hacia adelante.

¿Qué es lo que nos ha causado esta reanudada admiración por el “viejo” mundo, y por repercusión mayor confianza en el mundo en general?

Primordialmente la convicción íntima —más que la visión objetiva y directa— de que el péndulo está empezando a “volver”, de que se está revalorizando pensar con las zonas cerebrales condicionadas para la inteligencia, secundarizando aquellas encargadas del impulso primario, de la intuición, de la fantasía desorbitada que tanto han primado estos últimos años en la pintura, la música, la literatura, la política, la psicología y hasta en la filosofía. Se vuelve a la música audible, a la pintura visible y formal, al verso comprensible, a la novela sin barroquismos, a una psicología sin fantasiosas interpretaciones, a una política realista y de entendimientos, a una filosofía aligerada de cómoda metafísica o de “intuitismos” más o menos geniales.

En el aspecto social se ha generalizado la convicción de que todos los avances logrados por las ciencias, las técnicas y la cultura deben ser gozados en progresión creciente por todos los habitantes de la tierra. O sea, la socialización ya no se estima como una utopía ideológica, ni un agresivo y polémico afán político, ni una ambición corrosiva y revanchista de los que tienen hambre y sed de justicia, sino una obligación histórica en marcha, impuesta por los acontecimientos. El problema ya no es el de la finalidad, que ha sido comprendida y aceptada por muchos a regañadientes —hasta en las capas consideradas más reaccionarias, incluyendo la iglesia, que ha recordado oportuna y sabiamente que las ideas de Cristo eran de justicia social para todos. El problema ahora es el del procedimiento: ¿el revolucionario, el evolutivo?; ¿la fórmula bolchevique rusa, la sueca, la yugoslava, la laborista, la demócratacristiana, la china, la neoamericana del capitalismo popular, la alemana, la francesa, la suiza?

Lo singular y novedoso es que esta misma divergencia en los procedimientos también está siendo superada. Es fácilmente advertible, en muchos países europeos, que el progreso, el hacer llegar los beneficios de la comunidad a todos sus componentes ya no es tanto, como se sostenía y se sostiene con innumerables razones teóricas, una cuestión de régimen gubernamental dado sino de a) capacidad nacional básica; b) alta capacitación individual; c) planificación nacional, y d) abnegada mantención del esfuerzo. Sea el que sea el tipo de gobierno.

Alemania es un ejemplo típico de país que logra éxitos y superaciones cualquiera que sea su régimen gubernamental. Es un pueblo con una gran capacidad básica en la que se aúnan reservas de energías, principios éticos, hábitos de trabajo, disciplina social, alto espíritu nacional, comprensión de la relación armónica que debe existir entre el beneficio social y el colectivo, etc.; en ese —como en otros países— se ha fijado desde hace muchos años una primordial importancia a la instrucción primaria, media y superior; a la capacitación técnica, industrial y administrativa y a la disciplina social, superando las etapas de simple alfabetización que otrora —y aún hoy, en algunos países— aparece como meta de la instrucción básica; además, en diferentes formas, ha sabido planificar la actividad nacional con principios de jerarquización de las necesidades, posibilidades y manera gradual de lograr las finalidades y, por último, por tener una inmensa perseverancia en el esfuerzo determinada por tradiciones, hábitos y aspectos raciales y necesidades de vida y supervivencia. Esta perseverancia, como en otros países, es ayudada y sostenida por la estabilidad de los gobiernos que durante años perduran siguiendo una línea de conducta.

(A propósito, con respecto a la importancia de la "duración" de los gobiernos, recordemos (estamos en 1963) que el actual gobierno ruso tiene una estabilidad y continuidad de cuarenta y cinco años, el portugués treinta y cinco, el español veintiséis, el italiano dieciocho, el yugoslavo diecinueve, el alemán dieciocho; los primeros ministros ingleses duran varios años; a la estada de De Gaulle no se le ve término próximo; es también un hecho significativo que en los EE. UU. se repita el período presidencial de cuatro años (Roosevelt llegó casi a los doce); en India, Israel, Bélgica, Canadá, Arabia, Japón y otros países la estabilidad gubernamental es también un fenómeno fácilmente apreciable).

Prácticamente todas las naciones de Europa, incluso España, en algunos aspectos, conducidas por varios tipos de regímenes, de diferente base doctrinaria, están poco a poco llegando a un término medio común en los logros materiales y posibilidades culturales. Son varios los países con ciudades sin suburbios en las que los seres humanos

viven con similar standard de vida en miles de alegres jaulas, también similares, en centenares de edificios de departamentos; en que no hay nadie que no sepa leer y escribir y con una profesión u oficio tecnificado; en que es excepcional no tener radio, televisión y diversas máquinas de ahorro de energías y miles de personas su vehículo de tracción; en el que una vida material mejor no lleve un rápido nivel ascendente, como igualmente los entretenimientos, el bienestar, la previsión y la ampliación del campo cultural. Todo ello, fatal, indudiblemente, va llevando a la democratización real —y no sólo teórica o política— de la vida común.

En paralelismo con las adquisiciones de mejor vida material por cada vez mayor número de habitantes, sin exclusiones, se observa una vitalidad cultural y artística, una renovación de energías, un ánimo de vivir y de convivir pacífica y placentemente dentro y fuera de las fronteras y una sed de superación en toda clase de actividades que nos hace doler con especial intensidad nuestra deficiencia de desarrollo en Latinoamérica, especialmente al advertir el grado de culpabilidad autóctona que hay en ello y que mañosamente, como síntoma paradójal de un sentimiento de inferioridad, transferimos casi en su totalidad a países más grandes y poderosos que los nuestros.

¿Quiere decir todo lo anterior que han terminado o están en vías de extinción las pugnas políticas, de intereses, de ideas, tanto internacionales como internas? De ninguna manera y no podría ser ni nunca podrá ser mientras el hombre pretenda ser mejor y vivir más feliz. Pero sí hay dos fenómenos dignos de recalcar: el primero es que la pugna por imponer tal o cual régimen está tomando caracteres más pacíficos y evolutivos que revolucionarios por efectiva disminución de distancia entre las clases sociales. Los "ricos" lo están siendo menos a fuerzas de impuestos, limitaciones al derecho de propiedad e igualitarismo social y ambiental que va desde la arquitectura standardizada hasta las clases únicas en teatros y vehículos de locomoción. Y "los pobres" también lo van siendo menos por progresivo mejoramiento y seguridad en los beneficios sanitarios, de instrucción y capacitación, de trabajo y salarios (en estos últimos se está llegando a asociar al obrero en las utilidades y tenencia de capital en los organismos industriales, comerciales o agrícolas en que trabajan), de "pan, techo y abrigo", previsión, bienestar y cultura y en la participación de los trabajadores —cada vez, en mayor porcentaje en las actividades directivas nacionales.

Así como la Revolución francesa no se reptió en todos los países para que éstos lograran gozar, en mayor o menor porcentaje, los beneficios que irradiaban sus generosas doctrinas, la revolución rusa —y

a la rusa— y otras menores, tampoco se repetirán —como tiras de cohetes encendidas en la cola de un gato enloquecido— para que sus beneficios, sus novedades y también sus errores y exageraciones sean debidamente aprovechadas por el mundo. El segundo fenómeno, a que hemos hecho referencia, es el ingreso de Rusia, sus países satélites europeos y los elementos políticos influidos por ella en la etapa que se ha tildado de convivencia pacífica y que tal vez más lógico y real sería llamar de *recíproco engranaje*, pues —aunque se niegue pública y políticamente— de lo que en el fondo se trata es de pulir y adosar los dientes que no engranan. La tarea es difícil —aunque no imposible— porque nada cuesta más que abandonar hábitos y posiciones y dado que la máquina mundial no puede detener su secular, su milenaria actividad, los cambios hay que realizarlos, incómodamente, sobre andando.

En todo caso, nuestra impresión es que salvo una casualidad trágica o una reacción impulsiva demencial, el cambio de nuestra edad geológica a la que viene puede y deberá realizarse sin pulverización previa del globo terráqueo.

Desgraciadamente, si bien aparece suavizada y en vías de recomposición pacífica, la guerra de los regímenes y las tácticas agresivas y excluyentes de la lucha de clases en lontananza, en forma ya perceptible aunque aún confusamente conformada, se aprecia un tipo de conflicto interhumano de graves perspectivas. Es el antagonismo inter-racial de carácter intercontinental.

Para nadie es un misterio que aunque envuelta en motivaciones un poco obsoletas, con gusto a 1810 y a primera mitad del siglo xx, se están diseñando y precisando en el ámbito mundial los “despertares”, las “liberaciones”, las “guerras de la independencia”, de ciertos grupos humanos unidos básicamente por el factor común racial. Se puede asegurar que es por el pan, la habitación, los derechos políticos, la libertad, la autodeterminación, por lo que se están moviendo los grupos a que nos hemos referido, pero escarbando y aguzando la observación se puede establecer que en sus batallas esos grupos se unen por el color, cualquiera que sea su ideología, y luchan contra los grupos humanos de otro color sin hacer distinciones en la ideología, sus componentes. Los cables han informado de agresiones entre blancos, negros y amarillos, en Asia, Africa y EE. UU., sin considerar si el atacado es conservador o comunista, católico o librepensador, pudiente o modesto. En la actual pugna chino-rusa, intranorteamericana y de los pueblos negros y de otros que se están liberando en cadena de las cadenas, se necesita apreciable dosis de miopía para no captar que junto a razones económico-sociales, culturales y políticas la con-

tienda tiene hondas raíces de predominio, más que eso, de supervivencia racial. Agrava las proyecciones del problema la vertiginosa hiperpoblación mundial que para muchos pensadores y científicos se está transformando en un problema cuya gravedad urge una solución adecuada. No hace mucho leímos la publicación de un autor inglés que insinuaba seriamente que en un porvenir no muy lejano el exceso de población obligaría a demoler ciudades construidas sobre terrenos agrícolas, para ser reconstruidas en terrenos no agrícolas, en atención a que el pan es lo más necesario para la supervivencia humana.

La paradójal y discordante marcha que sigue el hombre en este siglo, obedece a una sobrecarga de plurales motivaciones —tradicionales y nuevas—, agravada por la pluralidad de perspectivas e incógnitas y porque estamos mudando de edad geológica.

Con base en tales premisas y circunscribiéndonos a lo inmediato nos atrevemos a expresar la convicción de que a pesar de todas las asperezas que quedan por limar, el problema de los regímenes de gobierno está en vías de progresiva superación por haberse ido imponiendo universalmente el principio general de que todos los progresos materiales y culturales que ha alcanzado el hombre deben llegar a todos los habitantes de la tierra, y ser gozados equitativamente. De lo anterior se deduce que el de la finalidad ya no es el problema central sino el de los procedimientos. Estimamos también que en éstos se están advirtiendo coincidencias y coordinaciones auspiciosas y satisfactorias. Concluimos que las dos preocupaciones fundamentales que con más intensidad debe abordar la humanidad y resolver pacíficamente —lo deseamos con ardor— son la del aumento excesivo de la población mundial, amplificada por los progresos médico-sociales que han disminuido la mortalidad y alargado la duración media de la vida, y los conflictos interraciales que en apreciable proporción tienden a agravarse por el factor precedente. Nadie ignora, por ejemplo, que antes de una centuria, el número de habitantes de color en los E. U. será superior al de los de raza blanca, con su lógica consecuencia de mayor número de votantes. Ello permite presumir que los gobernantes y las mayorías parlamentarias y comunales de ese país sean asumidas por elementos de color, que —nadie lo sabe— podrían considerar que tienen algunas viejas cuentas que saldar.

Nuestro deseo, lo repetimos, es que el hombre con su inteligencia, en coordinación con su instinto de conservación, encuentre las fórmulas pacíficas para resolver sus problemas.